

En Ella

de Stefania Consoli

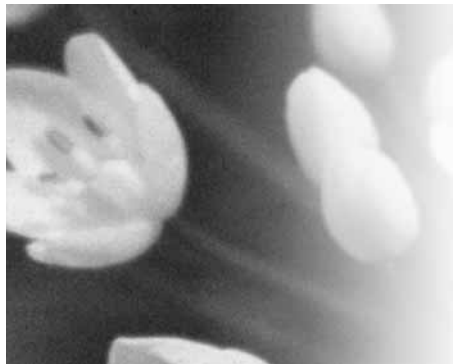
Sucede en Medjugorje...



En Ella comienza todo, como desde la nada, en ese seno limpio, perfecto. En Ella todo vuelve a la dignidad original y se revisite de belleza. En Maria, la más pequeña y la más grande, la más bella y la más escondida de todas las criaturas, donde el Creador ha hallado cuna y morada.

Otro “nuevo año” comienza en Ella, y a nosotros se nos ofrece la posibilidad de recomenzar; desde el principio, desde cero, es más, desde Ella misma, que se hace pequeña para que no nos avergoncemos de nuestra pequeñez, de la debilidad que inevitablemente acompaña nuestros gestos, incluso cuando aparentamos ser fuertes.

Fijos en Ella todo desaparece, porque al eliminar lo superfluo de nosotros, podemos hallar en nuestra intimidad la buena raíz destinada a la lozanía; esa raíz profunda que es nuestra identidad más verídica. Una raíz que si es confiada a Ella, madurará y llegará a florecer completamente.



Al comienzo de cada nuevo año, los días parecen livianos, despojados de todo peso acumulado en el tiempo; días listos para ser llenados de novedades, de nuevas oportunidades y ocasiones. Se nos ofrece reiniciar desde cero apartando nuestra mirada de lo viejo, de los eventuales errores cometidos para así fijar nuestra mirada hacia un horizonte despejado, lleno de sorpresas, listas para ser descubiertas en el tiempo, y regalarnos alegría y gozo de vivir.

No debemos temer los malos ratos ni lo desconocido. Y no cedamos a la tentación de compararlo con lo ya vivido, pensando que “que más da...”, o que ya lo hemos visto todo. Dejemos a la mentalidad sensacionalista de los medios la ingrata labor de alimentar el pesimismo expansionista que oprime los corazones, confundiendo las conciencias. Y dejémosnos en cambio atrapar por la novedad sembrada en Ella, en María, terreno siempre abierto a la germinación del Bien.

La Madre de Dios, nos ha abierto también este año. Si no nos cerramos a la gracia que en ella tendrá pleno cumplimiento, seremos epifanía viviente del Señor, faros de una luz inextinguible, que proyectándose a lo lejos mostrará a todos el camino hacia la meta. Si permanecemos en ella, ella estará con nosotros. No habrá que correr hacia los santuarios para sentir la maternal caricia, porque nosotros mismos seremos una pequeña Medjugorje, donde la Virgen viviente se podrá expresar y aparecer a quien la reconozca en nosotros. □

A principios de Noviembre aún hay una gran muchedumbre en esta tierra santa, numerosos peregrinos han venido en ocasión de la solemnidad de todos los santos, pero también por la aparición a Mirjana que ocurre cada día 2 del mes. Pasados estos días, comienza la “temporada baja”.

Una comunidad “espontánea”

El frío invernal y la falta de peregrinos dan a Medjugorje un aspecto nuevo, totalmente por descubrir, que para la mayoría permanece desconocido. Son muchas las cosas nuevas por descubrir en este pueblecito ya transformado en profundidad por el continuo paso de personas.

En la misa de la tarde la iglesia permanece “llena” pero siempre se encuentra un lugar para sentarse. A pesar de la numerosa gente, se respira un aire de intimidad familiar, tal vez porque no es difícil reconocer los rostros de los que han elegido vivir en Medjugorje por diversas razones. Son laicos o consagrados de varias nacionalidades; algunos trabajan, otros dedican la mayor parte de su tiempo a los peregrinos. Luego están los devotos del lugar, que desde hace años ponen seriamente en práctica los mensajes de María y perseveran en este camino de gracia.

Es una sensación agradable ver junto a nosotros en su mayoría esos rostros conocidos e intercambiar una sonrisa mientras esperamos la comunión uno frente a otro. En muchos casos no hay siquiera una lengua común para comunicarse, pues es la gracia de María la que lo hace todo. Basta un pequeño gesto de saludo para crear familiaridad, al fin y al cabo, ¿no es tal vez el mismo sacrificio eucarístico del que participamos a diario el que nos hace un solo corazón y una sola alma?

El profundo silencio de los montes

También el Podbrdo y el Krizevac son menos visitados, y es de verdad una experiencia de deleite la subida sobre estos montes a la hora del crepúsculo invernal, en soledad completa. Pasar por delante de las numerosas tiendas con las persianas bajadas, sentir como el aire fresco nos llena los pulmones y da vigor también a la oración, que así parece salir con mayor fluidez, con plena conciencia de que en esta estación todo se debe reducir a lo esencial: no hay ya más tiempo para pensamientos vagos y ornamentales que no nos guíen directamente al Sumo Bien.

En la cima hay ese silencio y recogimiento interior que está garantizado en este lugar bendito, pero que ahora se refuerza especialmente por la total ausencia de ruidos: el suave murmurar del viento reina como único soberano sobre los colores del final de la jornada. A lo lejos, el brillo de las lucecitas decorativas despierta en mí una feliz nostalgia de la Navidad, y en esta soledad puedo saborear como nunca esa presencia interior que calienta mi corazón: María está allí con la abundancia de su gracia...

Las luces del Adviento

Consecuencia de la falta de peregrinos

es también una dosis menor de trabajo para la mayor parte de los habitantes de este pueblecito, el Adviento puede de este modo ser para ellos una ocasión para dedicar mas tiempo a Dios. Pero entre todas las iniciativas la más querida de la gente del lugar es una vieja tradición: celebrar al amanecer una Santa Misa, llamada “Misa de la Aurora”, acudiendo a la iglesia cuando todavía es oscuro y al finalizar esta se puede vislumbrar la primera claridad del día. Al salir de la iglesia el frío es intenso, como a la llegada, pero en el alma hay un calor de satisfacción y con Jesús en el corazón nace una esperanza totalmente nueva para poder afrontar la jornada en Él y para Él, seguros de que Él no dejará de recompensarnos por cada uno de nuestros pequeños sacrificios.

Son muchos los niños presentes, y con ellos, sus hermanos mayores, los padres y los abuelos... Recuerdo bien todavía mi estupor cuando por vez primera, caminando aterido hacia Medjugorje a las seis de la mañana, pensaba: “Pero ¿a quien más se le ocurre hacer una locura semejante con un tiempo como éste? Entrando en la iglesia, más tarde, no lo podía creer: ¡todos los bancos estaban ya ocupados!

Una Navidad de verdad santa

Así llega la fiesta más esperada a esta tierra mariana, encontrando en los corazones un terreno fértil donde poner esas gracias siempre nuevas que el Señor nos trae. Sí, es una alegría para todos la posibilidad, ya tan rara, de poder vivir una fiesta como ésta, sintiendo que los regalos, las felicitaciones, los dulces, los adornos... todo permanece como un envoltorio que no pretende imponerse tomando dominio, mientras que en el centro de la atención reina soberano el misterio de un Dios que se encarna, que nos da salvación, que se ofrece a nosotros como Redentor.

fra Francesco Cavagna

Aparición a Mirjana

2 de diciembre de 2007:

“Queridos hijos, mientras miro vuestros corazones, el mío se llena de dolor y se estremece. Hijos míos, deteneos por un momento y mirad en vuestros corazones. ¿Está mi Hijo, vuestro Dios, verdaderamente en el primer lugar? ¿Son sus leyes verdaderamente la medida de vuestras vidas? Nuevamente os advierto: sin fe no hay cercanía a Dios, no está presente la Palabra de Dios que es la luz de la salvación y la luz del buen sentido”.

2 de enero de 2008:

“Queridos hijos, con toda la fuerza de mi corazón os amo y me entrego a vosotros. Tal como la madre lucha por sus hijos, yo oro y lucho por vosotros. A vosotros os pido que no tengáis miedo de abrirlos para que podáis amar y entregaros a los demás con el corazón. Cuanto más hagáis esto con el corazón, más acogeréis y mejor comprenderéis a mi Hijo y su entrega a vosotros. Que todos os reconozcan a través del amor de mi Hijo y el mío. Os doy las gracias”.